

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

La producción social del cuidado: la familia y los derechos de niños y adolescentes.

Vanesa D'Alessandre, Daniel Hernandez,
Camille Roger y Yamila Sanchez.

Cita:

Vanesa D'Alessandre, Daniel Hernandez, Camille Roger y Yamila Sanchez (2015). *La producción social del cuidado: la familia y los derechos de niños y adolescentes. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/1050>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título: La producción social del cuidado: la familia y los derechos de niños y adolescentes.

Una aproximación a las dinámicas familiares en donde viven los niños y adolescentes de las áreas urbanas de la Provincia de Buenos Aires.

Autores: Vanesa D'Alessandre¹ y Daniel Hernández²

Palabras clave: Dinámica familiar – cuidado – género – adolescencia - trayectoria escolar

Resumen

Esta ponencia se inscribe en el marco de los estudios sobre el rol que ocupan las familias en la producción de bienestar. Hace foco en los diversos modos en que las trayectorias vitales de los individuos organizados familiarmente se entrelazan para producir vínculos de protección entre los cuales desplegar las capacidades de los niños y adolescentes. A través de la revisión de bibliografía reciente y el análisis de información estadística que ofrecen las Encuestas de Hogares Urbanos de Argentina aplicadas por el INDEC desde el año 2010, se pretende producir conocimiento relevante para arrojar luz sobre el modo en que la desigual distribución de los recursos materiales y simbólicos impactan en el proceso de producción de vínculos de protección, dándole forma efectiva a las trayectorias vitales de cada uno de los agentes involucrados. El propósito de esta ponencia es situar a las dinámicas de las familias en donde viven niños y adolescentes en el centro de la discusión para hacer notar el modo en que la injusta distribución de los recursos para producir cuidado castiga con mayor fuerza a las familias que acumulan desventajas sociales intergeneracionalmente y al interior de ellas, a las mujeres y los adolescentes en particular.

¹ Licenciada en Sociología (UBA), Diplomada en Políticas Públicas y Desarrollo Humano (FLACSO). Coordinadora Técnica del Sistema de Información de Tendencias Educativas de América Latina (SITEAL) y el Sistema de Información sobre Primera Infancia en América Latina (SIPI) IPE UNESCO Buenos Aires y OEI. Asesora en Educación de la Dirección Provincial de Programas de Desarrollo, Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires. Correo electrónico: vdalessandre@iipe-buenosaires.org.ar

² Licenciado en Sociología (UBA), consultor especializado en políticas públicas. Coordinador del Plan de Desarrollo Territorial de la Dirección Provincial de Programas de Desarrollo, Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires. Correo electrónico: danielher60@gmail.com

Los autores agradecen la colaboración de Camille Roger y Yamila Sánchez, miembros del equipo de profesionales del Sistema de Información sobre Primera Infancia en América Latina (SIPI) durante la elaboración de esta ponencia.

1. Introducción

Las familias ocupan un lugar central en la producción agregada de bienestar. La actividad que realizan constituye un eslabón central en la reproducción de nuestras sociedades (Esping-Andersen, 1999 y 2009; Lupica, 2010; Martínez Franzoni, 2008; Filgueira, 2013; Esquivel, Faur & Jelin, 2012; Faur, 2015 entre otros). El producto de esta actividad sostenemos, es el vínculo de cuidado que moldea el curso de vida de quienes la conforman. Para desarrollar esta actividad las familias utilizan y procesan internamente los recursos materiales y simbólicos que obtienen de su entorno. En virtud de ello, las características de los vínculos de protección dependen constitutivamente del volumen, calidad, distribución intrafamiliar del tiempo y tareas que implican obtenerlos. En relación con los niños y adolescentes las trayectorias vitales de los individuos organizados familiarmente se entrelazan para producir vínculos de protección entre los cuales desplegar gradualmente sus capacidades. Por ello, desde la perspectiva de sus derechos, si bien el Estado es su garante, la familia es idealmente el espacio destinado a su realización (Hernández & D'Alessandre, 2014).

El propósito de este documento es producir conocimiento relevante para echar luz sobre el modo en que la desigual distribución de los recursos materiales y simbólicos impacta en el proceso de producción de vínculos de protección, dándole forma efectiva, facilitando y obstaculizando las trayectorias vitales de cada uno de los agentes involucrados. En este marco, su objetivo primordial es situar a las dinámicas de las familias en donde viven niños y adolescentes en el centro de la discusión para de este modo avanzar en la desnaturalización del proceso de producción de los vínculos de cuidado y hacer notar el modo en que la injusta distribución de los recursos para producirlo castiga con mayor fuerza a las familias que acumulan desventajas sociales intergeneracionalmente y al interior de ellas, a las mujeres y los adolescentes en particular (D'Alessandre, 2014).

Se utiliza como fuente de información a un conjunto de bibliografía específica reciente y el procesamiento y análisis de la información estadística que ofrecen las Encuestas de Hogares Urbanos de Argentina aplicadas por el INDEC correspondiente al año 2013.

2. Contexto y algunas precisiones conceptuales

El Censo Nacional de Población y Vivienda realizado en el año 2010 señala que en la Provincia de Buenos Aires vivían 2,4 millones de niños y adolescentes entre 0 y 17 años. Su peso relativo ascendía al 15% del total de la población. Por su parte, el 70% de los hogares de la provincia – aproximadamente un millón- cuenta con al menos un dependiente de entre 0 y 17 años. La distribución territorial guarda estrecha relación con el nivel de desarrollo. La tasa de fecundidad aumentada que presentan las poblaciones más pobres encuentra su correlato en el peso relativo de este grupo poblacional. En efecto, en el Conurbano Norte (la región más desarrollada de la provincia) los hogares con al menos un dependiente de entre 0 y 17 años asciende al 53% en contraste con el Conurbano

Oeste (la región menos desarrollada de la provincia) en donde esta proporción supera al 87%. Reforzando esta evidencia se observa que el peso relativo de los hogares con menor capital educativo acumulado y al menos un dependiente de entre 0 y 17 años asciende al 43% en el Conurbano Norte, mientras que en el Conurbano Oeste supera el 72%.

Frente a este contexto ¿Por qué afirmamos que las familias cumplen un rol social insustituible? ¿Por qué centrar la atención en ellas? El análisis de las dinámicas familiares en las que viven los niños y adolescentes constituyen una referencia clave para comprender el lugar central que ocupan las familias en la producción agregada de bienestar, en la reproducción de la vida y en consecuencia en la reproducción de las sociedades. En particular por el modo en que a través de estas dinámicas se aborda la vulnerabilidad constitutiva de sus miembros más jóvenes (Kittay & Feder, 2002; Kittay, 1998 y 1999). Todas las personas –aún las adultas- somos esencialmente vulnerables y requerimos del cuidado de otros (Esquivel, 2011) pero en algunos momentos particulares del ciclo vital (al comienzo y al final de la vida especialmente) esta vulnerabilidad es tal que nos vuelve intensamente dependientes de nuestros cuidadores. Por ello, por definición, las familias que atraviesan el desafío de acompañar el despliegue de las capacidades de niños hasta finalizada la adolescencia enfrentan una carga de cuidado mayor. A los fines de este documento, restringimos la noción de cuidado al intento mejor o peor logrado por satisfacer las necesidades de atención aumentadas que imponen los niños y adolescentes a las familias durante el tramo del ciclo vital que empieza con el embarazo y culmina con la finalización de la trayectoria escolar (Hernández & D'Alessandre, 2014).

La fragilidad constitutiva es esencialmente biológica pero, dada las expectativas históricamente variables, es también social (Fraser, 2002). En el caso particular de niños y adolescentes acompañarlos durante su crecimiento no es sólo atender sus necesidades de alimento, afecto, estimulación cognitiva y supervivencia sino también garantizar las condiciones para que el tránsito por el sistema educativo, por ejemplo, sea una experiencia significativa y provechosa de cara a una inserción laboral lograda a través de la cual acceder a los recursos materiales imprescindibles para participar activamente de la sociedad (D'Alessandre, 2014a). Es evidente que las necesidades de atención de un niño pequeño son muy diferentes a las necesidades de un adolescente. Sin embargo, la satisfacción de las necesidades implícitas en las expectativas sociales puestas sobre niños y adolescentes los sitúan en relaciones fuertemente dependientes de los recursos y habilidades de los adultos de referencia para acompañarlos durante el despliegue de todo su potencial y capacidades. Desde esta perspectiva ambos –niños y adolescentes- se encuentran en relaciones asimétricas con los adultos en virtud de las características que asume el vínculo de dependencia entre unos y otros.

Ahora bien, las relaciones sociales en la que se sostiene la producción de cuidado y el modo en que las sociedades distribuyen responsabilidades para proveerlo entre el Estado, el mercado y las familias se inscriben actualmente en un contexto particularmente complejo (Lupica, 2015). Desde la perspectiva de las responsabilidades depositadas en las familias, las exigencias sociales para transformar al

cachorro humano en un adulto socialmente integrado son cada vez mayores, mientras que las dinámicas demográficas, culturales, económicas y sociales propias de la modernidad tardía las enfrentan a un escenario cada vez más sobrecargado. En este documento afirmamos que el curso que adopte la vida de cada individuo depende del modo en que los adultos significativos, aborden cotidianamente y a lo largo del tiempo las necesidades de cuidado definidas contextual, territorial e históricamente, sujetas a las particularidades de cada etapa del ciclo vital, implicadas en la interacción con el conjunto de la sociedad (D'Alessandre, 2014a). El supuesto en el que se asientan estas afirmaciones es que el curso de vida es la resultante de la multiplicidad de interacciones de cada individuo sostenido y mediado familiarmente con el conjunto de la sociedad (Blanco, 2011). Familia e individuos abren y transitan por canales vinculantes entre actores e instituciones a través de los cuales obtienen los recursos materiales y simbólicos para producir los insumos necesarios que posibilitan vivir una “vida valiosa”. Desde la perspectiva de los niños y adolescentes bonaerenses de lo que se trata es de indagar las condiciones en que cada una de sus familias afrontan el desafío de producir cotidianamente cuidado, o dicho en otros términos, vínculos de protección entre los cuales desplegar gradualmente la totalidad de sus capacidades como individuos plenos.

La adopción de esta perspectiva para la producción de conocimiento y el diseño de políticas públicas es reciente y limitada. En virtud de la relevancia indiscutible que ocupa la familia en la reproducción de nuestras sociedades y en la protección de quienes dependen de ella es una obligación preguntarnos por los motivos de esta invisibilización. En principio identificados dos grupos de causas: el esencialismo y naturalización de la capacidad de las personas para cuidar, asociado a esto, el maternalismo y como aspecto derivado, el régimen familiarista que caracteriza a nuestras sociedades latinoamericanas durante la producción agregada de bienestar (Rodríguez Enriquez, 2007; Zibecchi, 2014; Carrasco & Borderías, 2011).

En sus orígenes el familiarismo fue una respuesta para abordar uno de los aspectos cruciales implicados en la reproducción de las sociedades, la sobrevivencia infantil. La crianza de niños pequeños se retiró –y resguardo- en los confines privados de las familias organizadas en torno a lazos de consanguinidad con el propósito principal de reducir las altísimas tasas de mortalidad infantil de la época (Donzelot, 1998; Carrasco & Borderías, 2011). La afectividad y muy particularmente la naturalización y reificación del amor materno desvincularon a la crianza de la dinámica social al punto tal de invisibilizar que el cuidado, en primer lugar, se produce y que para producirse requiere de una innumerable cantidad de saberes de diversa naturaleza, habilidades, recursos materiales y simbólicos en los agentes involucrados. Afirmar que los vínculos de cuidado se producen es destacar que este es el producto de la interrelación de ciertos sujetos con el conjunto social. Es comprender que su característica y calidad depende de las condiciones y de los recursos disponibles para producirlo (Hernández & D'Alessandre, 2014).

Abordar a la producción de cuidado a través de la indagación de los modos en que las sociedades se organizan para producirlo, la distribución de los recursos disponibles y el modo en que su proceso de producción afecta a cada una de las trayectorias vitales de las personas que participan en él es el primer paso para su desnaturalización. Desnaturalizar, en este contexto, es situar al proceso de producción del cuidado (y en consecuencia a las familias) en un lugar central dentro del debate público. Situar al cuidado en el debate público es en primer lugar hacer notar la desigualdad distributiva de los recursos con los que cuentan las familias para producirlo. Es echar luz sobre la diversidad de escenarios en que las familias producen cuidado. Es dar cuenta de la desigual carga de cuidado que enfrentan las familias y que por diversas circunstancias castiga con mayor fuerza a quienes vienen acumulando desventajas sociales generación tras generación. La invisibilización de la desigualdad de condiciones en que se produce el cuidado es en sí misma la matriz que impide incidir efectivamente en quebrar el círculo perverso de la reproducción de la desigualdad social y en particular, de la acumulación intergeneracional de desventajas sociales (Lupica, 2015; Faur, 2014).

3. La carga de cuidado

Al interior de las familias, las características que asume el proceso de producción de vínculos de protección está determinado por el volumen de la carga de cuidado que enfrentan. La carga de cuidado que deben abordar los hogares que acumulan desventajas sociales está aumentada por diversas circunstancias. En primer lugar por su tasa de fecundidad comparativamente elevada. En efecto, el 48% de los miembros en los hogares de los sectores sociales desfavorecidos y al menos un menor de entre 0 y 5 años tienen entre 0 y 17 años, mientras que en los sectores más favorecidos esta proporción se reduce a 39%. En las familias más pobres, la cantidad de personas que dependen de otras para su subsistencia es comparativamente mayor mientras que la proporción de personas que aportan ingresos al hogar es comparativamente menor.

Paralelamente, los recursos necesarios para producir cuidado se incrementan sustantivamente cuando el entorno en que está emplazado el hogar se encuentra signado por deficiencias estructurales (Clemente, 2014). En este sentido, la carga de cuidado aumentada que presentan las familias más pobres se incrementa aún más al constatar que el 45% de ellos residen en entornos desfavorables – áreas inundables o linderos a basurales- en contraste con los hogares de los sectores más favorecidos en donde esta proporción se reduce a menos del 11%. En la misma línea, el 56% de los hogares de bajo nivel socioeconómico no cuenta con cobertura de salud, en tanto este valor se reduce al 13% entre los hogares ubicados en el extremo opuesto del arco social.

En síntesis, la acumulación histórica de desventajas sociales se expresa desde la perspectiva del cuidado ponderando la carga relativa que enfrenta cada familia. Los patrones reproductivos de las mujeres y varones de los sectores sociales desfavorecidos incrementan la carga de cuidado de las familias que conforman por la mayor participación relativa de los miembros dependientes respecto a

aquellos que proveen ingresos. Paralelamente, el entorno de emplazamiento de las viviendas en las que residen las familias pobres incrementa su carga total de cuidado debido a la probabilidad aumentada de padecer enfermedades, accidentes, ser víctimas de violencias y a la vez contar con menores oportunidades para enfrentar los riesgos de morbilidad como consecuencia entre otros factores, de la discriminación que restringe su acceso a servicios básicos³.

4. Las dinámicas familiares para la producción de vínculos de cuidado

¿Qué necesitan las familias para producir vínculos de cuidado? En principio las familias necesitan afrontar tres desafíos: el acceso a recursos materiales para producir cuidado, a un espacio en donde producirlo y a la disponibilidad del tiempo y habilidades de agentes capaces de transformar a esos recursos en vínculos de protección (Hernández & D'Alessandre, 2014). El modo en que las familias acceden a recursos materiales es primordialmente a través de la venta de su fuerza de trabajo en el mercado. Más del 90% de los hogares bonaerenses con al menos un niño de entre 0 y 17 años participa regularmente del mercado laboral.

El mercado laboral castiga a las familias con mayor acumulación de desventajas sociales y reproduce de este modo el patrón de desigualdad de diversas maneras. Al considerar la cantidad de horas semanales que las familias con dependientes dedica al mercado laboral se observa que en promedio rondan las 69 horas. No se observan diferencias considerables según el estrato social o la edad del niño menor. No obstante, el rendimiento de estas horas de trabajo, como es de esperar, es considerablemente menor entre los hogares con menor capital educativo acumulado. Las brechas son muy pronunciadas. Los hogares ubicados en los sectores sociales más bajos con niños de entre 0 y 5 años obtienen un 34% menos de ingresos por la misma cantidad de tiempo dedicado al mercado laboral. Aquellos en donde el integrante menor tiene entre 6 y 14 años, un 47% menos, y los hogares en donde el miembro menor tiene entre 15 y 17 años reciben por su trabajo un 53% menos que sus pares ubicados en los estratos sociales más altos. En síntesis, las familias con dependientes destinan

³ Un caso paradigmático es el de Gastón Arispe Huaman. Un adolescente de 13 años que el 9 de marzo de 2015 murió en la villa Rodrigo Bueno como consecuencia de haber caído a un pozo ciego. En una carta escrita por su mamá, ella señala que Gastón murió "(...) porque el pozo ciego que debí hacer yo misma, 14 años atrás, seguía siendo igual de precario (...) un barrio donde no se ha cumplido la ley de urbanización, pero encima está prohibido el ingreso de materiales (...) ese pozo de mierda que la UGIS mantiene abandonado, porque pasan muy esporádicamente a vaciarlo (...) íbamos entrando los materiales necesarios para construir eso (...) como si estuviéramos robando, íbamos ingresando los materiales que compramos con nuestro dinero, para terminar el pozo antes de que nos tapara la mierda del pozo que abandonaron ellos. Y a falta de la tapa indicada, le pusimos maderas encima. ¿Porque somos irresponsables? ¿Porque somos ignorantes? ¿Porque somos malos padres? No, ¡porque somos pobres! Y porque nadie nos escuchó cuando pedimos que lo hicieran bien, como tampoco nos escucharon cuando pedimos tener cloacas, luz y agua (...) el SAME no quiso entrar. Me exigían que acercara a mi hijo hasta la salida del barrio (...) mientras nosotros les explicábamos que eso era imposible, porque mi hijo estaba en un pozo, desmayado y hundido a tres metros de profundidad (...) fueron mis vecinos, esos "villeros peligrosos", quienes hicieron lo posible (...) que corrieron en vano hacia la Prefectura y la Policía Federal porque (...) ellos están para controlar que no ingresen los materiales de la construcción. Sin señal telefónica, porque no contamos con esa comodidad (...) Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, los que nos cercan, los que nos aíslan, los que nos ocultan, son responsables por la muerte de Gastón, esa muerte que tampoco conmovió a los canales de televisión (...). La carta completa en <http://lapoderosa.org.ar/?p=11918>

una cantidad de horas similar al trabajo remunerado, pero el ingreso total que conforman por su trabajo varía fuertemente según su capital educativo acumulado.

La producción de cuidado requiere no sólo recursos materiales y un espacio en donde realizarse sino también de agentes disponibles y en condiciones de transformar a esos recursos en vínculos de protección. Esta actividad, que en los hechos insume igual o más cantidad de horas que las destinadas a la obtención de ingresos, no es remunerada y por ello, desde la perspectiva de los costos de oportunidad lleva a que agentes en igualdad de condiciones que los miembros económicamente activos se retiren o limiten su participación en el mercado laboral y de este modo restrinjan aún más los recursos materiales disponibles con los que cuentan los hogares.

El modo en que las familias afrontan la tensión irresoluble que plantean en los hechos la organización social para la producción de cuidado se inscribe en patrones largamente surcados generación tras generación. Un rasgo central es la generización en la distribución de tareas. La diada “mujer cuidadora” “varón proveedor” es aún hoy el soporte central en la que descansan los hogares para afrontar la crianza de sus dependientes. La rigidez en la forma en que se distribuyen las tareas entre los varones y mujeres del hogar trasciende las fronteras sociales, aunque indudablemente la disponibilidad de recursos materiales amplía las oportunidades de los hogares para redefinir el alcance efectivo de este patrón cultural tan fuertemente arraigado en las trayectorias vitales de sus miembros.

En efecto, las tasas de actividad de los varones adultos de los hogares con al menos un dependiente no baja en ningún caso del 97%. Es decir, prácticamente todos los varones adultos, ricos y pobres, en cualquier parte de la provincia, trabaja o tiene la intención de hacerlo. En contraste la tasa de actividad de las mujeres adultas varía conforme atributos clave de la configuración familiar en que se inscriben. La probabilidad de que las mujeres adultas del hogar trabajen acompaña el crecimiento de los dependientes. Cuando los miembros dependientes del hogar tienen entre 0 y 5 años se observan las tasas de actividad más bajas. En contraste, cuando el dependiente menor llega a la adolescencia, la tasa de actividad femenina alcanza su valor máximo. Asimismo, la tasa de actividad de las mujeres guarda estrecha relación con el estrato social en que este ubicado el hogar. Las tasas de actividad de las mujeres adultas con menor capital educativo son 20 puntos porcentuales más bajas que las de sus pares con mayor nivel de instrucción. Al articular ambas dimensiones –capital educativo del hogar y edad del dependiente menor- se observa que la brecha se reduce considerablemente entre las mujeres de estratos sociales más altos y se amplía entre sus pares de los sectores más bajos.

¿Por qué los hogares que desde una perspectiva estrictamente económica se encontrarían más urgidos por sumar horas de trabajo remunerado resignan el potencial económico de las mujeres (que generalmente tienen más capital educativo)? En este punto la imposibilidad de aliviar la carga de cuidado a través de la compra de servicios de apoyo ocupa un lugar central. Dicho en otros términos, dado el déficit generalizado de servicios públicos y gratuitos para apoyar las tareas de cuidado, son

las mujeres del hogar quienes absorben prácticamente la totalidad del tiempo que implica transformar los recursos materiales en cuidado. En contraste, las familias que logran por la vía del mercado conformar un ingreso total familiar con un excedente suficiente para aliviar el tiempo de cuidado directo tienden a preservar la participación laboral de sus mujeres.

Ahora bien, el análisis del aporte relativo de los distintos miembros del hogar al total de las horas destinadas al trabajo remunerado nos permite ir un paso más allá. Por lo dicho podemos afirmar que así como los varones adultos vuelcan su tiempo disponible al mercado laboral, las mujeres resignan su potencial económico para absorber la carga de cuidado directo que implica la presencia de miembros dependientes. ¿Cómo suplen las familias las horas de trabajo que no aportan las mujeres adultas? Una forma, es a través de la incorporación de miembros económicamente activos ajenos al núcleo primario. Esto da lugar a hogares con núcleos múltiples propios de los hogares ampliados. La segunda estrategia utilizada por los hogares para aumentar la totalidad de los ingresos familiares es la incorporación temprana de los dependientes a la producción de cuidado. En efecto, el peso relativo del trabajo de los hijos en la totalidad de las horas que el hogar destina al mercado es seis veces mayor en las familias provenientes de los sectores sociales más desfavorecidos respecto a las familias que se ubican en el otro extremo del arco social. Gran parte de esos hijos son adultos y jóvenes, pero una parte de ellos son adolescentes.

Frente a este escenario las transferencias de ingresos por vía no laboral constituyen un importante alivio a los magros logros en el mercado y en los hechos implican el reconocimiento del valor de mercado del trabajo de cuidados. Los ingresos provenientes de fuentes no laborales –asignación universal por hijo, becas para el sostenimiento y finalización de estudios en su mayoría- representan el 17% de los ingresos de las familias con menor capital educativo, en contraste con el 4% de las familias con mayor capital educativo acumulado.

Enfoquemos ahora en la otra dimensión clave del proceso de producción de cuidado ¿cómo se organizan las familias para transformar los recursos que obtienen del mercado laboral en vínculos de protección a través de los cuales proteger, promover, gestionar y acompañar el gradual proceso de autonomización de sus dependientes? Desde la perspectiva de las familias existen al menos cuatro formas para absorber el tiempo que requiere atender las necesidades de cuidado de los miembros dependientes. Asignando a uno o varios miembros del hogar a esta tarea (generalmente maternalizando el cuidado), utilizando servicios públicos de apoyo al cuidado (centros de desarrollo infantil, guarderías, jardines maternos públicos y gratuitos), transfiriendo tiempo de cuidado a familiares o no familiares no convivientes (abuelas, por ejemplo, vecinas, cada vez menos) y/o comprando sustitutos en el mercado (jardines maternos, servicio doméstico, niñeras). Por lo general, las investigaciones sobre esta materia destacan que el abordaje final de las familias para afrontar la carga de cuidado directo son la resultante de la combinación de varias estrategias.

Ya mencionamos que las tareas de cuidado recaen mayormente en las mujeres adultas de las familias restringiendo de este modo su participación en el mercado laboral. La información disponible permite aproximarnos al modo en que la compra de tiempo de cuidado a través de la contratación de servicio doméstico, el tiempo de otros miembros familiares y no familiares que no conviven con los dependientes y a través del tiempo de cuidado que destina al hogar los hijos convivientes del jefe que conforma el núcleo primario de la familia. El análisis articulado de esta información echa luz sobre la diversidad de dinámicas de cuidado que despliegan las familias con dependientes conforme la etapa del ciclo vital que se encuentre atravesando y el estrato social en el que se encuentre ubicado. Una primera aproximación a la información disponible indica que las familias socialmente más favorecidas tienen más opciones para aliviar la carga de cuidado directo que enfrentan. Las brechas son alarmantes. La mitad de las familias con al menos un dependiente de entre 0 y 14 años compran el tiempo de cuidado que ofrece el servicio doméstico y el 20% de estas familias cuenta con apoyo de otras personas –familiares o no familiares- para afrontar estas tareas. En contraste, menos del 5% de las familias más pobres cuentan con estos recursos. Nuevamente son los hijos y los familiares del jefe de hogar los que junto con las cónyuges afrontan las actividades que implican satisfacer cotidianamente las necesidades de atención de las personas dependientes. Parte de los hijos en que recaen estas actividades son a su vez, dependientes. En efecto, en las familias más pobres aproximadamente la mitad de los hijos colaboran en las tareas de cuidado, mientras que entre las familias más ricas su participación es cuatro veces menor.

5. El impacto de las dinámicas familiares para la producción de cuidado en las trayectorias escolares de los adolescentes y jóvenes

A través de este breve análisis pretendimos destacar el modo en que la organización social del cuidado y las dinámicas que establecen al interior de las familias afectan diferencialmente a los miembros del hogar. Llegado este punto nos interesa profundizar en la situación particular a la que los adolescentes quedan expuestos dentro de estas dinámicas. Una evidencia sustantiva tanto al analizar la distribución de horas de trabajo de mercado entre los miembros del hogar, como en la distribución de las tareas de cuidado es que los adolescentes de las familias más pobres participan activamente en el proceso de producción de cuidado. ¿De qué modo afecta esta realidad a sus trayectorias escolares? Las trayectorias escolares constituyen una expresión clara del modo en que los adolescentes dependen de los adultos de referencia y el sentido en que afirmamos el carácter social de este vínculo asimétrico.

Desde la perspectiva de las familias el sostenimiento de las trayectorias escolares de los adolescentes implica en primer lugar prescindir del tiempo ellos dedican a concurrir diariamente a la escuela y a estudiar. Un tiempo valioso que se invierte en la formación de los miembros más jóvenes y que se difiere en su capacidad de producir cuidado. Las dinámicas familiares para la producción de cuidado

idealmente debieran prescindir del aporte de los adolescentes, quienes muy por el contrario deberían continuar siendo sus receptores hasta al menos finalizado el nivel medio.

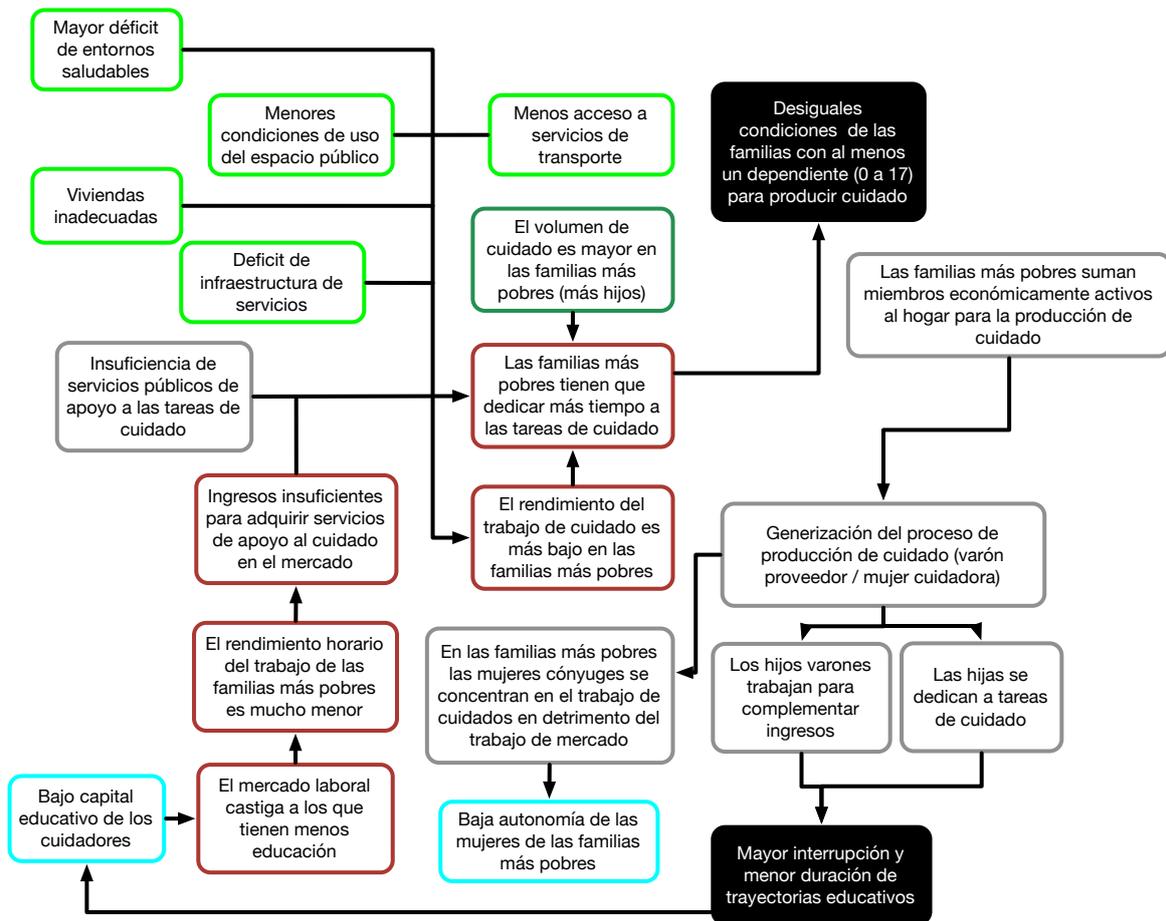
No obstante es evidente que no todas las familias cuentan con la posibilidad de prescindir del aporte de los adolescentes para la producción de cuidado. Los adolescentes son recursos clave para las familias. Esta doble exigencia en muchos casos constituye una fuerza arrasadora que desemboca en el interrupción temprana de la trayectoria escolar. A la vez, la matriz generizada en la producción de cuidado impacta en forma diferencial en varones y mujeres adolescentes. Expresión de ello es el modo en que el abandono escolar se vincula con la participación en el trabajo de cuidados y el trabajo de mercados en forma diferente según la condición de género. Entre los 15 y 17 años el 84% de los varones y el 92% de las mujeres se encuentra escolarizado. La tasa de actividad es similar: aproximadamente uno de cada tres adolescentes trabaja o busca trabajo. La proporción de varones que realiza trabajo de cuidados asciende al 20% y entre las mujeres al 56%. Sin embargo, entre los varones que abandonaron la escuela la tasa de actividad trepa al 51% y su participación en el trabajo de cuidados permanece constante, en contraste con el panorama que revelan sus pares mujeres quienes incrementan su tasa de actividad en tan solo cuatro puntos y su participación en el trabajo de cuidados supera el 66%.

Este comportamiento constituye la antesala de la distribución de tareas que se consolida durante la juventud. El 30% de los varones y el 43% de las mujeres jóvenes de entre 18 y 24 años se encuentra escolarizado. Cuando estudian la participación en el trabajo de mercado de las mujeres es superior a la de los varones y su participación en el trabajo de cuidados es el doble que la de ellos. En efecto, la tasa de actividad en el caso de los varones asciende al 37% y en el caso de las mujeres al 44%. El 32% de los varones participa en el trabajo de cuidados en contraste con el 62% de las mujeres. La interrupción de la trayectoria escolar configura un nuevo escenario. La participación de los varones en el mercado laboral aumenta en 55 puntos porcentuales y su participación en el trabajo de cuidados disminuye en 5 puntos porcentuales. En el caso de las mujeres, su tasa de actividad se incrementa sólo 10 puntos mientras que su participación en el trabajo de cuidados trepa al 74%.

Si los hogares en donde viven los jóvenes de entre 18 y 24 años es un hogar con dependientes, en particular un hogar en donde el miembro menor tiene entre 0 y 5 años, se observa en primer lugar una abrupta disminución de sus tasas de escolarización. En los hechos, la permanencia en el sistema educativo se redujo a la mitad tanto en varones como en mujeres. La tendencia en términos de su participación en el trabajo de mercado y el trabajo de cuidados se acentúa en forma muy pronunciada. La participación de los varones en el mercado laboral aumenta en 50 puntos y la participación en el trabajo de cuidados disminuye en 13 puntos. Entre las mujeres la participación en el mercado laboral aumenta 4 puntos y su participación en el trabajo de cuidados trepa al 81%.

6. A modo de cierre

Flujograma síntesis: Desiguales condiciones de las familias con dependientes para la producción de cuidado. El impacto en la autonomía de las mujeres y las trayectorias escolares de adolescentes y jóvenes



Fuente: Elaboración de los autores

Las dinámicas familiares para la producción de cuidado conforman una compleja red de interacciones en las que en muchos casos las trayectorias escolares y laborales de los adolescentes y jóvenes quedan atrapadas. En principio retirándolos tempranamente del sistema educativo. En el caso de los varones acentuando su participación temprana en el mercado laboral, en el caso de las mujeres incrementando abruptamente su participación en el trabajo de cuidados. Asimismo, la imposibilidad de los hogares con menor capital educativo acumulado para aliviar la carga de cuidado que enfrentan (incrementada a la vez por su alta tasa de fecundidad y deficitarias condiciones de vida) a través por ejemplo de la compra de sustitutos de mercado o la utilización de servicios públicos y gratuitos de apoyo al cuidado, limita fuertemente el despliegue de las capacidades de las mujeres. Desde la

perspectiva de las familias que conforman, las obliga a prescindir de los ingresos potenciales que de lograr una mejor conciliación del trabajo de mercado y trabajo de cuidados, podrían aportar al hogar. En este sentido, la ausencia de servicios públicos y gratuitos de apoyo al cuidado es uno de los déficit estructurales que más refuerza las consecuencias de la injusta distribución de recursos para la producción de cuidado y perpetúa el círculo perverso de acumulación de desventajas sociales y desigualdad social. Desde la perspectiva de las mujeres, limita aún más sus procesos de autonomización cercenando el despliegue de su potencial a través de la formación y acceso a la educación formal, restringiendo su capital social en los confines de sus familias y el acceso a recursos materiales y simbólicos, condiciones básicas para lograr una mejor y más justa distribución de poder entre varones y mujeres.

Referencias bibliográficas

Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo, *Revista Latinoamericana de Población*, Año 5, número 8, Enero-junio 2011, ISSN 2175-8581. Disponible en http://www.alapop.org/2009/Revista/Articulos/RELAP8_1Blanco.pdf

Carrasco, C., Borderías, C. & Torns, Teresa (2011). El trabajo de cuidados. Historia, teorías y políticas. ISBN: 978-84-8319-558-1. Disponible en https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Economia_critica/El_trabajo_de_cuidados_C._Carrasco_C._Borderias_T._Torns.pdf

Clemente, A. (2014). Sobre la pobreza persistente, su caracterización y abordaje. *Revista de Políticas Sociales n0 p13 – p20*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Moreno. Disponible en <http://www.unm.edu.ar/repositorio/imagenes/revistasociales.pdf>

D'Alessandre, V. (2014). Adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan en América Latina. El trabajo de cuidados como obstáculo a la escolarización de las mujeres. SITEAL/ UNESCO – IPE OEI.

D'Alessandre, V. (2014a). El desafío de universalizar el nivel medio. Trayectorias escolares y curso de vida de adolescentes y jóvenes latinoamericanos. SITEAL/ UNESCO – IPE OEI / IDIE / PIA.

Donzelot, J. (1998). La policía de las familias, Valencia: Pre-Textos

Esping-Andersen, G. (1999). *The Social Foundations of Postindustrial Economies*. Oxford University Press.

Esping-Andersen, G. (2009). *Los tres grandes retos del Estado del bienestar*. Barcelona: Ariel.

Esquivel, V, Faur, E y Jelin, E: (2012). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*, IDES 2012, Buenos Aires

Esquivel, V. (2011). La economía del cuidado en América Latina: poniendo los cuidados en el centro de la agenda. En *Atando Cabos deshaciendo nudos*, Centro Regional de América Latina y el Caribe. Disponible en http://www.americalatinalgenera.org/es/documentos/Atando_Cabos.pdf

Faur, E (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI*, Siglo XXI, Buenos Aires

----- (2015). Diálogo con Eleonor Faur. La organización social del cuidado infantil. SIPI /SITEAL/ UNESCO – IIPE OEI. Disponible en <http://www.sipi.siteal.org/publicaciones/863/dialogo-con-eleonor-faur-la-organizacion-social-del-cuidado-infantil>

Filgueira, F. (2013). Hacia un modelo de protección social en Argentina, Seminario Internacional, Montevideo Uruguay, 4 y 5 de noviembre. Disponible en <http://www.cepal.org/dds/agenda/9/51689/Seminario-Fernando-Filgueira-2013.pdf>

Fraser, N. & Gordon, L. (2002). A Genealogy of Dependency: Tracing a Keyword of the U.S. Welfare State. *The Subject of Care. Feminist Perspectives on Dependency* p35 – p81, Boston: Rowman & Littlefield Publishers.

Hernández, D. & D'Alessandre, V. (2014). La producción social del cuidado: familia y derechos del niño. Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Disponible en <http://jornadassociologia.fahce.unlp.edu.ar/viii-jornadas-2014/PONmesa28Hernandez.pdf>

Kittay, E. (1998). Dependency, Equality, and Welfare *Feminist Studies*, 24, N 1. p 32- p43

Kittay, E. (1999). *Love's Labor: Essays on Women, Equality, and Dependency*. New York: Routledge

Kittay, E. y Feder, E. (2002). *The Subject of Care: Feminist Perspectives on Dependency*. Oxford: Rowman & Littlefield.

Lupica, C. (2010). Trabajo decente y corresponsabilidad de los cuidados en Argentina, OIT, Buenos Aires. Disponible en http://www.artemisanoticias.com.ar/images/FotosNotas/td_corresponsabilidad_cuidados.pdf

Martínez Franzoni, Juliana (2008). Capítulo I. Bienestar y regímenes de bienestar, ¿qué son y por qué abordarlos?. En: *¿Arañando bienestar? Trabajo remunerado, protección social y familias en América Central*. p. 23-51. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Rodríguez Enríquez, C. (2007). La organización del cuidado en niños y niñas de Uruguay, CEPAL Serie Mujer y Desarrollo N° 90. Disponible en http://www.oei.es/noticias/IMG/pdf/organizacion_cuidado_ninos_argentina_uruguay.pdf